

DEVENIRES

REVISTA DE FILOSOFÍA Y FILOSOFÍA DE LA CULTURA

Artículo

RUBÉN SÁNCHEZ Y ROBERTO CASALES Empatía, reconocimiento e inclusión

Dossier

Una vida compartida. Correspondencia
de María Zambrano y sus destinatarios

MARÍA GUADALUPE ZAVALA SILVA Morelia, ciudad de la luz y del silencio

ILIAS ALEJANDRA AVILÉS-ORTIZ María Zambrano: una filósofa en la “Red Benítez”

ELENA TRAPANESE “Mucho me ha enseñado Roma”.
Cartas desde el exilio italiano

DENISE DUPONT Logos, Espíritu y perla: La colaboración
de María Zambrano y Agustín Andreu

ALFONSO BERROCAL *Hace falta alma para soportar este cielo:*
María Zambrano en La Pièce

Testimonio

GONZALO SANTONJA *Breve e irreparable*



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO
FACULTAD DE FILOSOFÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

BREVE E IRREPARABLE

**(MARÍA ZAMBRANO, *LOS INTELECTUALES EN EL DRAMA DE ESPAÑA*
Y ALGUNAS NOTAS SOBRE LA EDITORIAL HISPAMERICA
O RIESGO Y VENTURA DURANTE LA TRANSICIÓN)**

Gonzalo Santonja
Universidad Complutense de Madrid
gsantonj@ucm.es

*El tiempo de vivir es para todos
breve e irreparable.*
VIRGILIO, *Eneida*.

De lo mayúsculo a lo minúsculo, en cuanto a lo primero no hace falta recordar que Francisco Franco falleció de muerte natural en Madrid el 20 de noviembre de 1975, tras casi cuarenta años de dictadura (fue proclamado jefe supremo de la España sublevada el 1 de octubre de 1936), y respecto a lo segundo, ceñido el recordatorio a mí mismo, tengo que precisar que por aquel entonces yo vivía un tanto a salto de mata, detenido que fui por la Brigada Político-Social en 1971 y a continuación condenado por el Tribunal de Orden Público, con lo que eso implicaba entonces: que no eran precisamente amabilidad ni facilidades, más bien al contrario, de modo que estaba en un sín vivir que poco a poco se iba aliviando, aunque solo empecé a sentirme libre cuando el gobierno de Adolfo Suárez decretó la Ley de Amnistía el 15 de octubre de 1977.

Años difíciles, años de incertidumbre, años de amenazas y zozobras, encarados con la sensación de que la situación podía torcerse en cualquier momento y con la certeza de que superarla, haciendo irreversible el

proceso hacia la democracia, exigía continuos pasos hacia delante, unos pasos que cada cual tenía que dar desde su campo de actividad o, si se prefiere, de trinchera, eliminado de esta imagen cualquier resonancia bélica.

Y pues mi campo era, fue y sigue siendo el de la cultura, emprendí la recuperación de obras y autores republicanos, dispuesto a plantar cara a la desmemoria y los silenciamientos impuestos por el franquismo, un régimen –no se olvide– que llegó al extremo de prohibir la mera inserción en las crónicas periodísticas de los nombres de muchos intelectuales señeros, borrándolos de las historias y los manuales de literatura con el resultado que en versos rotundos denunció Luis Cernuda: “el viento del olvido/ que, cuando sopla, mata”. Se imponía llenar ese vacío.

De hecho, ese fue el papel histórico voluntariamente asumido por Rafael Alberti y José Bergamín (en contraste con quienes adoptaron al volver a España una actitud altiva, hierática y distante, apurando la gloria y los oropeles efímeros que la vida difícil del destierro les había negado), actitud personalmente muy costosa todavía pendiente de reconocimiento. Escritor de implantación mundial el autor de *Marinero en tierra* y escritor de culto el segundo, ambos aceptaron ese desempeño con todas las consecuencias y se volcaron con nosotros, los escritores jóvenes, abriéndonos de par en par las puertas de sus casas para regalarnos su tiempo, un tiempo que inevitablemente sabían que se les estaba acabando. Qué paciencia y cuánta generosidad la de Alberti y Bergamín.

Conocí a Bergamín en la trastienda de Turner, librería y editorial madrileña, sita en la confluencia de la calle Génova con la plaza de Alonso Martínez, fundada y desarrollada por José Esteban y Manuel Arroyo, embarcados en la misma empresa que yo, naturalmente con muchísimos más recursos y relaciones y consecuentemente con resultados infinitamente mayores (permítaseme recordar colecciones como “La novela social española” o, a la cabeza de cuantas iniciativas editoriales se han desarrollado al respecto, la magna “Biblioteca del 36”, impresa en Alemania por Auvermann y sostenida por ellos desde Madrid¹). Bergamín

¹ ¿Hace falta recordar su catálogo? Si de muestra valen unos títulos, considérense las siguientes reediciones facsímiles, con aportaciones prologales o epilogales de algunos de sus creadores, ya Antonio Sánchez Barbudo, ya la propia María Zambrano, de los

me fascinó y con Bergamín intimé, no desde la política, que también, sino en cuanto pegamos la hebra por el asunto taurino, que él iluminaba y me iluminó con multitud de matices y muy notablemente cuando la conversación recaía en Rafael de Paula, causa y razón de su *Música callada del toreo*, una de las obras sagradas de la gente del toro, o en la saga de los Gallo, así en Joselito, “el rey de los toreros”, como en su genial hermano Rafael, el de sentencias al estilo de “hay gente para to” o “lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible”, sentencias que tantos usan sin ser conscientes de que son de un torero gitano que encarnaba una cultura analfabeta secular.

En la pequeña editorial Hispamerca que entonces impulsé con mi compañero de estudios Juan García Morcillo de socio amistoso y con Emilio G. Loygorri de mecenas, tuve la inmensa fortuna de contar con el apoyo y el aliento de Bergamín, reeditando dos de sus obras teatrales, *La Hija de Dios y la niña guerrillera*, cuya edición prínceps salió del exquisito taller tipográfico artesanal mexicano de Manuel Altolaguirre. Entre otros muchos papeles bergamescos, guardo el original de la nota liminar que escribió para aquella ocasión, y también, porque él me lo regaló, el ejemplar que conservaba de aquella edición de Altolaguirre, reimpressa con fidelidad.

Cuánta ilusión me hizo recuperar el teatro de Bergamín en aquella España de la Transición, inquieta y dinámica, poco que ver con la España mansa y alicaída de la actualidad, un teatro que enlazaba y con el que él quiso poner de manifiesto la intemporalidad del teatro humanista del XVI, que no aspiraba a la representación sino a la lectura en círculos selectos, basado en un entusiasmo por la cultura grecolatina a la sazón concretado en refundiciones de las obras imperecederas de Eurípides, Plauto o Terencio, modalidad extinguida cuando “el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega” irrumpió “y alzóse con la monarquía cómica” (Cer-

veintitrés números de *Hora de España*, con el último, tenido por irreparablemente perdido, recuperado a partir del ejemplar conservado por Camilo José Cela; *Octubre*, revista de los “Escritores y Artistas Revolucionarios” de Rafael Alberti y María Teresa León, con el número cero rescatado a partir de mi ejemplar, al parecer único; *Romance, Revista de Occidente, Leviatán o Cruz y Raya* y etcétera, etcétera. La “Biblioteca del 36” difícilmente conocerá parangón.

vantes, *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos ...*, “Prólogo al lector”). A ese grupo pertenecen dos autores que son muy de mi predilección; a saber:

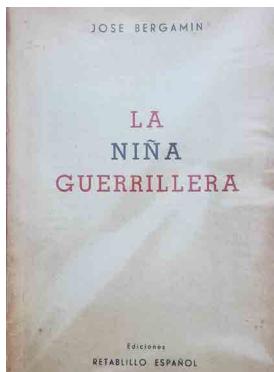
El doctor Francisco López de Villalobos, judeoconverso zamorano (debió de nacer en Villalobos y falleció en Valderas, León, en 1549), médico primero de la casa de Alba y más tarde médico de cámara de Carlos I de España y V de Alemania (acusado de haber obtenido el puesto con artes de nigromancia, fue acusado ante el tribunal inquisitorial de Córdoba y, en tanto se aclaraba el asunto, padeció la cárcel cerca de tres meses) que escribió obras de su especialidad (*Sumario de la medicina*, una especie de resumen de las doctrinas de Avicena, en verso, y *Con un tratado sobre las pestíferas buvas*, uno de los primeros estudios europeos sobre la sífilis) y sobre muy diversos asuntos (*Problemas naturales y morales*, *Glosa de la canción sobre la muerte*), amén de unos *Diálogos familiares* que responden de lleno al ideal de escritura llana proclamado por Juan de Valdés en *Diálogo de la lengua*, diversas epístolas y una traducción/recreación del *Anfitrión* de Plauto (“aquí se buelve de latín en romance la primera comedia de Plauto, cuyo nombre es *Amphytrion*”: Alcalá de Henares, Guillén de Brocar, 1517), incursión teatral muy favorablemente recibida por sus contemporáneos, aunque él –por si acaso– se anticipó a los hipotéticos objetores, fiel al dicho de que la mejor defensa es un buen ataque: “si alguna tachare esta nuestra traducción por parescerle cosa impertinente a los estudiosos, ninguna injuria nos hace por dos cosas: la una es porque no sabe lo que dice, y avemos placer que se consuele de lo que no sabe con reprehender al que lo sabe. La otra es por lo poco que estimamos a tales hombres, que no es razón de tener en cuanta al que quiere ser tan ruyn que determina de ser invidioso” (f. 2r).

En cuanto al segundo, el maestro Fernán Pérez de Oliva, catedrático de renombre de la Universidad de Salamanca, autor de los siete emblemas de su patio, nunca olvidaré que fue Bergamín quien me descubrió su *Diálogo de la dignidad del hombre*, editado años después de su muerte por su sobrino Ambrosio de Morales y continuado por Francisco de Salazar, sencillamente una cumbre del humanismo, a mi juicio modelo de prosa diáfana, virtud extendida a sus traducciones/recreaciones de *Electra* de Sofocles en *La venganza de Agamenón*, *Anfitrión* de Plauto o *Hé-*

cuba Triste de Eurípides, tragedia actualizada por Bergamín en *La Hija de Dios*, adaptada “sobre las lunáticas llanuras de la paramera de Ávila, situándola en un pueblecito de pastores”, pueblo real y en efecto llamado así: La Hija de Dios, lugar y parajes que yo conozco y disfruto desde niño, enclavada al sur del Valle de Amblés, limitando con La Serrota y a orillas del Adaja, pero atención, hija la protagonista de un Dios que no es precisamente el Dios Padre ni ella la Hija carnal que no tuvo, sino un antiguo ventero que respondía a esa gracia y su hija, una moza garrida y resuelta, como explica Camilo José Cela en *Judíos, moros y cristianos*:

Este Dios no es Dios Padre Todopoderoso, que gobierna el mundo desde su trono celestial, sino un ventero, Juan de Dios, que murió viudo y dejando en este valle de lágrimas a una hija moza que hubo de gobernar —a la fuerza ahorcan— la venta y su clientela de arrieros, trajinantes y truchimanes de todo pelaje.

Lugar, en cualquier caso, de existencia documentada desde mediados del siglo XIII (Filia Dei), a Bergamín le ganó la fama de la limpieza de sus cielos, en razón de lo cual acoge el Centro Astronómico de Ávila, y particularmente el nombre: “La Hija de Dios”, me decía, “qué maravilla”, y en la tenebrosidad de la postguerra por allí quiso prolongar la sombra triste de Hecuba, guardando el castellano terso y antiguo de Fernán Pérez de Oliva “siempre que pude al pie de la letra” y “cuando no, al de su espíritu”, propósitos con lo que yo me identifiqué plenamente.



José Bergamín, *La niña guerrillera*, segunda edición:
Montevideo, Retablillo Español, 1953.

II

De aquellos años tengo mucho qué contar, y en ello estoy, aunque sin prisas, y a ese respecto la peripecia de Hispamerca constituye uno de los apartados de esas memorias en el obrador, que Dios sabe si llegarán a buen puerto.

Hispamerca, ¿por qué Hispamerca?

Empezando por el principio (“principio quieren las cosas”, leemos en el *Lazarillo*, uno de mis libros de cabecera), procede señalar que ese nombre no fue de nuestra cosecha, pues la editorial existía desde hacía años y en consecuencia contaba con historia y catálogo previos. Salvando todas las distancias, que son infinitas, sería algo parecido al caso de Lumen, la editorial de Esther Tusquets, suya pero no fundada por ella, que la recibió de su madre, que a su vez se la compró a su tío, el sacerdote Juan Tusquets (Barcelona, 1901-1998), furibundamente antisectario y antimasónico y con derivas mucho más que lamentables ... Baste con recordar que visitante invitado al campo de concentración de Dachau, al ser preguntado por los periodistas se despachó con la consideración de que los nazis “lo hicieron para enseñarnos lo que teníamos que hacer en España”.

De un cura incendiario Lumen, de un músico liberal Hispamerca. Orígenes para olvidar y penosos aquellos, orígenes gozosos y entrañables éstos. Nada empañaba la trayectoria de Hispamerca, nada contra las sectas, nada contra los masones, nada de esa catadura, cuando nos la cedió Fernando García Morcillo (Valdemoro, 1916 - Madrid, 2002), padre de Juan, hombre bueno, cordial, divertido y generosísimo, músico de éxito, compositor, director de orquesta y arreglista cuyo triunfal haber comprende boleros y canciones tan celeberrimas como “María Dolores” (Los Panchos), “Malvarrosa”, “La tuna compostelana” o “La vaca lechera”, letra de Jacobo Morcillo Usera (a pesar de compartir apellido no guardaban relación familiar), personaje curiosísimo, comisario de policía (en los últimos tiempos dedicado a la persecución del fraude de las casetes), poeta, novelista y letrista afortunadísimo. España entera se sabía, cantaba y tatareaba, por ejemplo, aquello de “Tengo una vaca lechera,/ no es

una vaca cualquiera,/ me da leche merengada,/ ¡ay!, que vaca tan salada,/ tolón, tolón, tolón, tolón”.

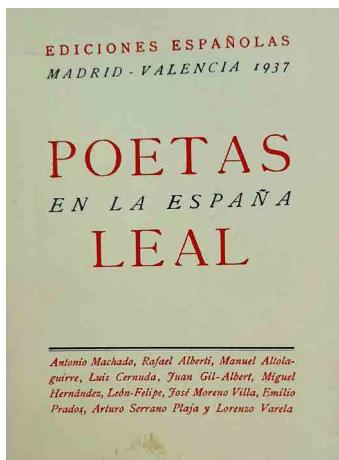
Desalentados Juan y yo ante las continuas trabas que la administración post franquista nos ponía para crear una editorial, porque el Generalísimo acababa de morir pero en 1976 su régimen distaba bastante de haberse acabado y mis antecedentes políticos significaban una barrera insalvable, gratis et amore su padre nos puso en condiciones de pasar de los dichos a los hechos mediante un gesto que en aquellas circunstancias no carecía de riesgos por partida doble, políticos y económicos.

Pues bien, a partir de ese regalo Juan y yo, *financiados* con dineros de copas y putas, ya que nuestros socios capitalistas fueron Emilio García Loygorri, encargado de la propaganda del Madrid nocturno en las páginas del *Pueblo* de Emilio Romero, y un personaje abracadabrante, titular del Molino Rojo, sala de fiestas que peinaba las canas al aire del Madrid alegre, Juan y yo, decía, nos agarramos a Hispamerca, empresa constituida con todas las de la ley, para encarar las normas de la censura, vergonzante pero todavía vigente, que después de largas dilaciones únicamente nos autorizaba tiradas mínimas de las obras *peligrosas* que teníamos entre manos: *Poetas en la España leal*, *Teatro para combatientes* de José Herrera Petere, *La historia tiene la palabra*, de María Teresa León, *Los intelectuales en el drama de España*, de María Zambrano, *La Hija de Dios y La niña guerrillera*, de José Bergamín o *Cancionero menor para los combatientes* de Emilio Prados.

Cada trámite administrativo suponía un calvario. Y como la censura no cedía, en lugar de solicitar la venia para tiradas de dos o tres mil ejemplares, simulamos reflexionar y, aceptando sus reparos, proponíamos ediciones facsímiles de unos pocos centenares de ejemplares, numerados y mayoritariamente destinados a la exportación, pamema que, lanzados ya por la pendiente de la temeridad, intentamos hacer creíble mediante la presentación de un listado con trescientas referencias de bibliotecas o librerías extranjeras imaginariamente suscritas a nuestras publicaciones.

Empezamos, poniendo el listón muy alto, con *Poetas en la España leal*, histórica antología publicada por *Hora de España* con motivo del II Congreso Internacional de Escritores, uno de los referentes universales

de la literatura comprometida, edición que resultó un éxito, pero un éxito de vuelo alicorto. Y es que no podía ser de otra manera, ya que literalmente voló la tirada autorizada de mil cien ejemplares, dando paso a la insatisfacción de numerosos pedidos que no podíamos atender.



Poetas en la España leal, segunda edición, facsímil de la primera: Madrid, Hispamerca, 1976.

Qué hacíamos, ¿nos resignábamos? Entre el ejemplo del santo Job y una advertencia de Gaston de Lévis, aforista francés cuyas *Maximes et réflexions sur différents sujets de morale et de politique* llegaron hasta mis manos precisamente a través de Bergamín, entusiasta de la literatura francesa, nos inclinamos por seguir esta, que decía así en su primera parte: “Ce qu'il y a de plus difficile dans la vie, c'est de savoir jusqu'à quel point il faut chercher à vaincre la fortune avant que de se résigner à son sort”.

Vencer a la fortuna, entendiendo por fortuna la hostilidad del post-franquismo, hostilidad vestida con los harapos de la indigencia ideológica, o ceder. La respuesta se nos ofrecía en la segunda parte del aforismo: “Céder trop tôt, c'est lâcheté; trop tard, c'est folie”, o sea, ceder demasiado pronto es una cobardía. Ceder demasiado tarde, una locura.

Estaba en juego mi libertad condicional y una sanción económica, que hubiera recaído sobre las espaldas del maestro García Morcillo, propietario

rio legal y en cuanto tal responsable único de Hispamerca. Sin embargo, entre la cobardía y la locura la opción se nos presentó muy nítida: la folie.

Ahora bien, ¿cómo?

No teníamos dónde elegir, la única alternativa para burlar a la censura consistía en hacer trampa de la bibliofilia. De modo que de una edición de mil cien ejemplares numerados pasamos al cuento de una edición numerada, sí, pero de una edición numerada tras otra, siete si mal no recuerdo, lo que implicaba siete ejemplares por cada ejemplar supuestamente único. La cosa duró hasta que una mañana se presentó en Libertad, 27, 1º izquierda, un sujeto de aspecto inconfundible, a toda luces policía secreta, el cual, pretendiéndose bibliófilo, sacó de la cartera tres ejemplares, tres, del número setecientos catorce, pidiéndome explicaciones.

—No sé, no lo entiendo —protesté—, se tratará de un error.

—¿Un error? —preguntó con retintín y sonrisa aviesa, y a renglón seguido extrajo de la cartera otros dos volúmenes, que abrió por donde correspondía, ambos marcados igual.

—Qué, ¿más errores?

Ahí concluyó la representación. Me miró a los ojos, se levantó con levedad la solapa diestra de la chaqueta y me enseñó la chapa consabida. Que le acompañara.

En fin, había compañías que me apetecían más, pero esa mañana estuve de Dios que hiciera de pareja, calle arriba, con aquel bibliófilo de pega. El resultado fue que se nos acabó el invento, con los ejemplares de la séptima edición apócrifa, o quizás la octava, de *Poetas en la España leal* intervenidos y, por disposición gubernativa, finalmente con las cubiertas arrancadas, que así fue como nos devolvieron algunos volúmenes, apenas treinta y tantos, los demás destruidos de oficio.

“Tengo miedo de mi miedo”, dice Teodora, encarando la verdad más honda, al comienzo de *La hija de Dios*. Como bien saben los toreros, ese es el peor miedo, el más hondo. Mas allí y entonces, Alberti y Bergamín nos lo quitaron. Y como no hay dos sin tres, María Teresa León me regaló *La historia tiene la palabra*, publicado con prólogo y epílogos míos, mientras Bergamín me embarcó en la aventura que significó el final de Hispamerca: el lanzamiento de una colección combativa, inequívoca-

mente llamada *Libelo*, empezada y acabada con un opúsculo que respondió a un título bien elocuente: *La confusión reinante*, para más elocuencia presidido por este lema, inequívocamente bergamesco: “Yo no sé si manda el rey porque reina la confusión, o si manda la confusión porque reina el rey”, firmado en el Año II de la monarquía francoborbónica.

Además, cerraba *La confusión reinante* una súper clara declaración de intenciones editoriales en la que tampoco se detallaban parabienes, declaración anónima y comparativamente venial, que fue por donde se rompió, bueno, el hilo de la cometa, porque eso era Hispamerca, una empresa sostenida en el aire, sin apoyo de nadie, algo así como esos armazones de cañas sobre los que se extiende y pega papel o tela de colores, materia de ensoñaciones.



María Teresa León, *La historia tiene la palabra*, segunda edición: Madrid, Hispamerca, 1976, col. Textos Recuperados, 3. Cubierta de Cesar Bobis.

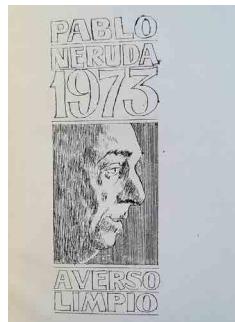
Aquello pintaba bastante mal para mí y me hubiera causado algún disgusto si Bergamín, en acción birlibirloquesca, no hubiera asumido la responsabilidad del texto, exonerándome por completo en condición de “editor irresponsable”, categoría de su invención que, superado aquel trámite, me endosó en la dedicatoria de su ejemplar altolaguirresco de *La Hija de Dios* y *La niña guerrillera*, que me obsequió, desprendiéndose de

uno de las poquísimas primeras ediciones suyas que conservaba, que yo guardo como oro en paño.

III

Ese fue el contexto de la reedición de *Los intelectuales en el drama de España* de María Zambrano. Ese, y no otro. Nada de parabienes ni de palmaditas en el hombro; al contrario, tensión y amenazas, con llamadas telefónicas intempestivas y anónimos de los que atesoro una colección variada y, contemplada a toro pasado, hasta estimulante.

“El azar es objetivo”, escribió André Breton, poeta y teórico del surrealismo. Y el azar de los mercadillos y las librerías de lance, laberinto de Creta que con bastante fortuna frecuento desde muy joven y en el que he dado alcance a no pocos minotauros, puso un buen día en mis manos un ejemplar, que naturalmente conservo, de la edición chilena, por aquel entonces única, de *Los intelectuales en el drama de España*, editada por Panorama, casa establecida en Santiago de Chile en 1937, que me costó cincuenta pesetas, según apunté a lápiz en el dorso de la última hoja, viernes, 18 de mayo de 1973, a ciento quince días del 11 de septiembre, la jornada trágica del golpe de Estado criminal de Pinochet que sumió al pueblo chileno en la noche negra de su dictadura, horror que me llevó a debutar en el mundo del libro como editor clandestino de *A verso limpio*, circunstancia que tal vez recuerde en otra oportunidad.



Pablo Neruda, *A verso limpio*, 1973, Madrid, edición clandestina.

La Editorial Panorama, cuyo alcance y trayectoria se me escapan, está a la espera del estudioso del exilio que merecidamente la considere, porque su catálogo, en cuanto yo conozco, descubre una apuesta decidida por la cultura española y, más en concreto, en solidaridad con la España republicana, con una presencia tan destacada como llamativa de María Zambrano, cuya estancia en Chile se ciñó a seis meses, en compañía de su marido, el diplomático Alfonso Rodríguez Aldave (Lesaca, Navarra, 1911-San Sebastián, 2008), secretario de la Embajada de España en Santiago, cargo que solo desempeñó durante medio año, entre octubre de 1936 y junio del treinta y siete, ya que él y su mujer (se casaron en Madrid el 14 de septiembre) decidieron regresar a la Península con todas las consecuencias, gesto valeroso y excepcional, ya que regresaron (igual que León Felipe) cuando tantos se iban. Y además lo hicieron para ser unos españoles más, al margen de cualquier tipo de privilegios, Rodríguez Aldave incorporado a filas y enviado al frente mientras Zambrano ocupaba la secretaría de redacción de *Hora de España*, revista que al entender de Waldo Frank, entender que comparto, representa “el mayor esfuerzo literario que ha salido de cualquiera guerra”.²

Está por concretar, a la espera del estudioso que llene este vacío, pero para mí tengo que el matrimonio Aldave-Zambrano financió algunas de las ediciones de Panorama.

Por ejemplo, la *Antología* de Federico García Lorca, preparada y prologada por la misma María Zambrano, que la enriqueció con un preliminar en el que reunió un soneto de Rafael Alberti (“Sólo tú, bebiendo campos y ciudades”) y “El crimen fue en Granada” de Antonio Machado y un epílogo con la “Oda a Federico García Lorca” de Pablo Neruda. Y no sería esta su única aportación al catálogo de Panorama.

También es suyo el *Romancero de la guerra española*, recopilación evidentemente basada en el *Romancero de la guerra civil*, anunciado como “Serie

² Waldo David Frank (Long Branch, Nueva Jersey, 1889-1967), novelista e hispanista, autor de *Our America* (1919), *Virgin Spain* (1926), obra vertida al español por León Felipe (*España virgen*), o *South of America*, traducida bajo el título de *América Hispana* (1931). El artículo extractado por *Romance*, “La muerte del poeta de España”, apareció en *The Nation* (Nueva York) el 15 de abril de 1939 y fue recogido por Allan W. Philips y Ricardo Gullón en *Antonio Machado* (Madrid, Taurus, 1979, pp. 53-60).

I”, de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, selección de los poemas de urgencia de *El Mono Azul*, publicada por el Ministerio de Instrucción Pública y acabada de imprimir en Aldus, talleres gráficos controlados por el Consejo Obrero, el 30 de noviembre de 1936, una vez que los madrileños –abandonados por el Gobierno– fueron capaces de contener la arremetida franquista –moros y legionarios, tropas profesionales– y lograron establecer unas defensas que serían inexpugnables (recuérdese que los sublevados no pudieron doblegar esa resistencia, desmoronadas desde dentro por el levantamiento del coronel Segismundo Casado).

Atención, basado pero no repetido. Veintiún autores en el *Romancero* de la Alianza, veinticinco en este de María Zambrano. Y la diferencia no se limita a cuatro poetas de más, porque las coincidencias se limitan a trece; a saber: Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Vicente Aleixandre, Arturo Serrano Plaja, Pascual Plá y Beltrán, Luis Pérez Infante, Antonio Aparicio, José Herrera Petere, Lorenzo Varela, Miguel Hernández, José María Quiroga Plá y Emilio Prados.

¿Y los ocho de los que prescindió María Zambrano?

Pues fueron Rafael Logroño/Beltrán Logroño, uno y el mismo aunque en la portada del *Romancero* de la Alianza figuren como dos, Mariano G. Fernández, Rafael Dieste, Antonio García Luque, Ramón Gaya, Felipe Camarero Ruanova y Vicente de Boda, a quien se especifica “miliciano del Batallón E. Thaelmann”, dirigente del Partido Comunista de Alemania detenido por la Gestapo en 1933, once años en prisión y finalmente fusilado en 1944 por orden de Hitler en el campo de concentración de Buchenwald, crimen que el nazismo endosó a un bombardeo de la aviación aliada.

Una pista: de los ocho/siete descartados (téngase en cuenta la condición doble de Logroño), cuatro/cinco son escritores populares: Rafael Beltrán Logroño, miliciano después herido en la batalla del Ebro, con algún poema desperdigado en la selva de las revistas literarias y un poemario de circunstancias (*Héroes*, Madrid, Europa-América, s.a.); Mariano G. Fernández, con un poemario anterior a la guerra (*El sol por otros cielos*. Madrid, Teseo, 1934) y que colaboró en *Hora de España*; Felipe Camarero Ruanova, redactor del periódico *Ahora* (Madrid), relacionado con las Misiones

Pedagógicas y vinculado a Alberti a través de la revista *Octubre*; y Vicente de Boda, que literariamente nació en la guerra y desapareció con ella.

Cuatro/cinco escritores populares y dos autores de cuerpo entero, cuya omisión por parte de Zambrano no deja de llamarme la atención: Rafael Dieste y Ramón Gaya, a los que ella conocía bien, los tres uña y carne en la azarosa y feliz peripecia de *Hora de España*. Ahora bien, cuatro/cinco y dos suman siete, de eso no cabe duda, y acabo de referirme a ocho autores descartados.

¿Quién fue el séptimo? Cotejando ambas relaciones, enseguida canta el nombre de Antonio García Luque, al amparo de cuyo nombre salió en *El Mono Azul* y pasó al *Romancero* la composición titulada “El moro fugado”, en la que de inmediato se aprecia la mano de un poeta que, versificando con facilidad, sabía muy bien lo que hacía y dominaba la técnica de los romances tradicionales.

Y tanto, y tanto. Porque, sencillamente, Antonio García Luque responde a uno de los seudónimos empleados durante aquellos tres años de guerra por Rafael Alberti, que durante la primera etapa del conflicto se empleó a fondo para que prendiera la mecha del romancero popular, de modo que, en tanto la mecha prendía, si no había poeta él se los inventaba, secreto del que muchos estaban al corriente, muy posiblemente contándose entre ellos María Zambrano, que amplió mucho los criterios de selección de su antología, presidida por Antonio Machado, tan amigo de su padre, extendiéndola cronológicamente por arriba a Luis de Tapia (Madrid, 1871-Cuart de Poblet, 1937), poeta satírico y humorístico, coplero de amplísima audiencia, cofundador de la Asociación de Amigos de la URSS y de hondas convicciones republicanas, a quien los desastres de la guerra llevaron a la locura, y José Moreno Villa (Málaga, 1887-Méjico, 1955), figura de enlace entre las generaciones del 98 y el 27.

Además, dos grandes poetas americanos: Raúl González Tuñón, el poeta de *La rosa blindada* sobre la revolución de Asturias (1934), y Pablo Neruda, que consideraba a su compañero, amigos íntimos, “el primero en blindar la rosa”.

Además, Rosa Chacel, formada –con Zambrano– en el círculo orteguiano de *Revista de Occidente*, novelista de vanguardia (*Estación. Ida*

y vuelta) y poeta que acababa de estrenarse de la mano de Juan Ramón Jiménez en las ediciones artesanales de Manuel Altolaguirre (*A la orilla de un pozo*. Madrid, Héroe, 1936), poeta circunstancial del romancero, pero no poeta arrebatada por los vientos huracanados del romancero militante y de urgencia.

Además, Antonio Sánchez Barbudo, uno de los jóvenes que María Zambrano aproximó a Ortega y Gasset y cofundador de *Hora de España*, tan poco dado como Rosa Chacel a la literatura de urgencia, a la que cedió poco y sin fortuna.³

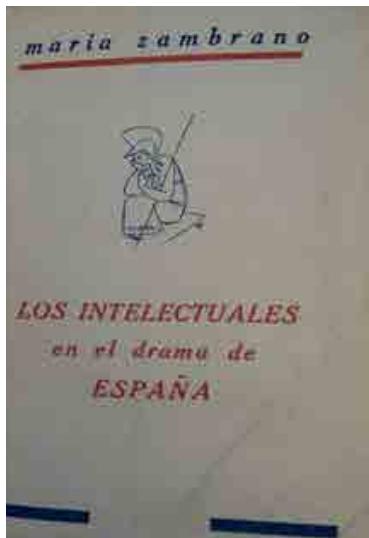
Además José Antonio Balbontín, *jabalí* radical socialista en las Cortes Constituyentes y primer parlamentario comunista, poeta –los títulos son muy indicativos– sucesivamente de *Albores* (1910), *De la tierruca* (1912), *Inquietudes* (1923) y *Romancero del pueblo* (1930), que en los comienzos del romancero de urgencia se apuntó unas de las composiciones más celebradas, “A Franco, el pirata” (*El Mono Azul*, 6, 1 de octubre de 1936).

Además, tres poetas populares distintos a los de la antología de la Alianza: Félix V. Ramos, prolífico y premiado compositor de letras de canciones; Guillermo Lorente y Mariano del Alcázar, dos milicianos de cultura, viento del pueblo que diría Miguel Hernández.

El *Romancero* chileno de María Zambrano devuelve la imagen de una mujer que, sobre la distancia, seguía en España, respirado por sus heridas. Y eso fue lo que más me impresionó en cuanto emprendí la lectura de *Los intelectuales en el drama de España*, lectura –no quiero ocultarlo– que me despejó las dudas que hasta entonces albergué.

¿Y qué dudas esas?

³ Considérese su romance “La muerte del moro Mizzian”: “Lo cogen los milicianos/ para victoria cantar./ Todos se sienten felices,/ todos amables están;/ a la canalla facista/ ellos juraron matar” (*El Mono Azul*, 7, 8 de octubre de 1936).



María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*,
primera edición: Santiago de Chile, Panorama, 1937.

Pues las derivadas del episodio confuso del Frente Español. Pero atención a la fecha: estamos en 1975-77, que fue cuando yo recalé en María Zambrano y emprendí la búsqueda de sus obras, tarea nada sencilla. Lo reitero: en 1975-77, no en 2021, perspectiva que algunos *especialistas* pierden cuando pontifican, como si su condición zambranista no datara de hace bien poco, algunos de ellos entonces jóvenes falangistas o, cuando menos, acomodados a la situación. Lo que sabíamos entonces no guarda relación con lo que sabemos ahora.

El Frente Español, es decir, FE, Partido Nacional, con Ortega y Gasset al fondo, respaldándolo tácitamente. Y José Antonio Primo de Rivero captó sobre la marcha la oportunidad. Recién excarcelado (detenido bajo la acusación de estar implicado en la sublevación de Sanjurjo) y mientras concretaba el proyecto del Movimiento Español Sindicalista, también denominado Fascismo Español (FE), embrión de Falange Española (FE), aquello del Frente Español se le hizo pintiparado. Y era esa confusión de FE por aquí y FE por allá la que me tuvo confuso, hasta que poco a poco fui completando aquel rompecabezas.

De ahí la sensación que me produjo la lectura de *Los intelectuales en el drama de España*, obra cuya reedición se me impuso. A fin de cuentas ese tipo de recuperaciones constituía la razón de ser de Hispamerca.

IV

Conseguí su dirección en el departamento del Jura a través de Rafael Alberti, mejor dicho, a través de un amigo romano de Rafael Alberti (La Pièce, Crôzéet-par-Gex, France), me dirigí a ella por carta el 20 de agosto 1976 y me contestó enseguida, concretamente el 7 de “setiembre”. “No quiero demorarme en contestar”, empezaba, agradeciéndome a continuación (“ante todo”) el “precioso volumen” de *Poetas en la España leal* que acompañaba a mi carta, “cuya vista no ha dejado de causarme una cierta emoción”. Todo le parecía bien: “Entiendo perfectamente que Uds. se interesen por conocer la poesía y el pensamiento de aquel período decisivo, viviente” y en consecuencia “nada tengo que objetar a su propósito de publicar mi librito *Los intelectuales en el drama de España*” que “hace muchos años lo dejé de ver”.

María Zambrano me explicaba su origen: “Está formado por artículos que publiqué en un Periódico de Buenos Aires mientras estuve en Santiago de Chile, porque mi marido desempeñaba un cargo en la Embajada de España, y que respondían [a] la necesidad urgente de dar a conocer la verdad”.

“No creo que tengan otro mérito”, apostillaba. Como si no fuera más que suficiente ese de dar a conocer la verdad, cuando apenas empezábamos a salir de la inmensa mentira del franquismo.

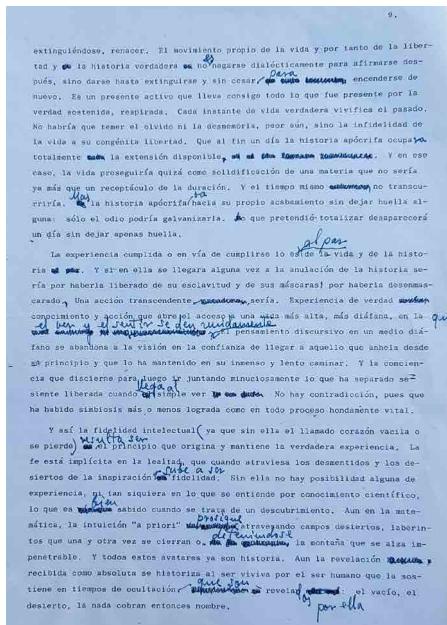
“Tendrían Uds. que proporcionarme el libro”, que sorprendentemente no lo tenía. Se trataba de que “yo corrija las erratas”, alguna falta de sintaxis o algunas cacofonías, achaques inherentes a las circunstancias de urgencia en que lo escribió. Eso sí, y en esto –para mi felicidad– se manifestaba categórica: “naturalmente no haré la más leve corrección que altere su contenido”, intransigencia que respondía, no solo al respeto debido “a la que fui sino por respeto a la que soy”. Con cuánta satisfacción leí esa declaración de principios.

Y miel sobre hojuelas: “me parece imprescindible el escribir ahora una Introducción” cuyo posible título y extensión me anticipaba: “Breve introducción sobre la experiencia histórica” o “algo análogo”, de quince a veinte páginas, con el añadido de un par de artículos publicados en *Hora de España* (sobre *La Guerra* de Antonio Machado) y *Esprit*, de modo que “el librito se completa”.

Sólo rechazaba una propuesta: que Rosa Chacel prologase la reedición, como provisionalmente convine con la autora de *Memorias de Leticia Valle*, encantada con la idea. Pues no, pero el error fue mío, ajeno a la costumbre (“la tradición”) de que sus libros siempre salieran sin prólogos, norma en este caso aplicable a “tan querida amiga”. En ambos aspectos, María Zambrano se mostraba razonadamente tajante:

Mucho admiro la obra de Rosa Chacel, cuya lectura buscaba desde el primer momento en que me fue dado a conocer algo de ella, en la *Revista de Occidente*, cuando yo andaba tan lejos de pensar siquiera publicar nada. Pero imagínese si no habría sido para mí hacedero el tener Prólogos de personas cuya obra admiraba y cuya orientación yo seguía ya en España –donde sólo un librito publiqué antes de la guerra⁴–. Y ya durante el exilio el que fueran avaladas por escritos de personas de valor intelectual de primer orden y con quienes me encontraba en total acuerdo en lo político.

⁴ *Horizonte del liberalismo*. Madrid, Nueva Generación, 1930; reed., a cargo de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Morata, 1996.



María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, edición de Hispamerca (Madrid, 1977), “La experiencia de la historia. (Después de entonces)”, prólogo, página con correcciones autógrafas.

María Zambrano se afirmaba en esa “tradición” suya: “No sabría decir yo las razones de esta renuncia mía, pero en todo caso sigue igual”. Como solemos decir en Castilla, habíamos pegado la hebra y la operación transcurría por su cauce. Sin embargo, esa relación, inevitablemente epistolar, inopinadamente se interrumpió a la altura de diciembre.

¿A qué respondió esa interrupción?

Lo supe a mediados de enero, concretamente por medio de una carta con la que retomaba el hilo de nuestra correspondencia, fechada el 17 de enero de 1977, lunes, festividad de san Antonio Abad y a los cuarenta años de que Manuel Azaña trasladase a Valencia la presidencia de la República, cuando yo empezaba a temer, extrañado, la frustración de mis planes.

Nada de eso. María Zambrano comenzaba su respuesta explicándome las razones del retraso: “Mi estimado amigo. No atribuya mi silencio a otro motivo que el que es su causa”.

¿Y cuál esa causa?

“He estado [...] nada bien de salud”, “enredada en análisis” en sinrazón de un inoportuno y en apariencia “simple desgarramiento de un ligamento”. Pero ya se encontraba mejor y “ahora creo que sí podré escribir ese prologuito” que yo le pedí para la reedición. In mente, “ya está hecho. Pero sin aliento no se debe de escribir nada”. Por lo demás, estaba a la espera de “los ejemplares que me anunciaba de *Poetas en la España leal*”, que acabamos de reimprimir, según consta en el colofón, en los madrileños Talleres Gráficos Montaña el 10 de diciembre de 1976.⁵ “Bueno. Ya llegarán” se despedía, con “todos mis augurios para Vds.” y cordialmente.

Así pues, la reedición de *Los intelectuales en el drama de España* parecía bien encarrilada.

Y en efecto, lo estaba. Tanto y tan bien que el 30 de mayo “le envío al fin mi prólogo”, retrasado a causa de que el libro, entre tanto, había ido creciendo. El *culpable* de ese retraso fui yo, inducido a ello por Bergamín y Alberti mientras preparaba la reedición de *La historia tiene la palabra* de María Teresa León, el germen de *Memoria de la melancolía*, opúsculo publicado en el exilio bonaerense por el Patronato Hispano-Argentino de Cultura en 1944, sociedad de cultura, previsión y ayuda mutua creado en 1941 por el Centro Republicano, derivado del Centro Español de Unión Republicana, fundado el 15 de abril de 1917, a su vez procedente de la Juventud Republicana de España, cuyos orígenes se remontan al 7 de agosto de 1904, encadenamiento societario republicano que llegó a término en 1978.⁶

La mecha prendió un buen día, comiendo con Alberti y un grupo de amigos, cuando él me preguntó por el libro, “¿cómo va lo de María Teresa, Gonzalo?”. “Muy bien, saldrá enseguida”, pregunta y respuesta que llevó la conversación por ahí, una conversación en la que participaron quienes

⁵ La primera impresión salió de Gráficas Alonso, Madrid, el 14 de mayo de 1976, “al cuidado de Gonzalo Santonja y Juan García Morcillo”, contándose otras varias entremedias, siempre con “tirada de 1.100 ejemplares” que ante los restos del aparato franquista pretendimos única, pretensión ingenua que los aparatistas percibieron enseguida.

⁶ Entonces, clausura el Centro Republicano, su archivo pasó al Museo de la Emigración Gallega en la Argentina, y más tarde fue depositado, a través de un convenio con la Fundación Sánchez Albornoz, en el llamado Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca).

compartían mesa y mantel con nosotros; a saber: el doctor Barros, cirujano de inmenso prestigio, mi mujer Dolores Grima, Bergamín y Teresa, su hija, Manuel Arroyo, el editor de Turner, y un redactor de *Sábado Gráfico*, la revista en que semanalmente publicaba sus artículos Bergamín, artículos antimonárquicos leidísimos y de los que saltaban chispas.

El doctor Barros me apretó un poco las clavijas: “no sé cómo será recibida”, objetó, y ante mi perplejidad, que daba su publicación por aclamada, siguió: “es una obra literaria bastante breve, ¿no?, pues yo creo que no le vendría mal el añadido de un apéndice documental que corroborase sus afirmaciones”. Todos estuvieron, todos estuvimos de acuerdo. De la salvación de los cuadros del Museo de Prado entonces se sabía muy poco, y era de temer que alguien saliera al paso del relato de María Teresa. Además, ese apéndice demostraría que esa salvación tan comprometida no fue un hecho aislado, sino que respondió a una preocupación prioritaria ¿Cómo no había caído en ello?

Bergamín recordó entonces una frase de Azaña, presidente de la República, que preside la reedición de Hispamerca, estampada en solitario en la primera página:

El Museo del Prado es más importante para España
que la República y la Monarquía juntas
Manuel Azaña

Así de claro, así de rotundo, así de explícito. Y en el apéndice, encabezado por un artículo emocionante de Rafael Alberti, “Mi última visita al Museo del Prado”⁷, una serie, breve pero tumbativa, de informes que iban a misa, con el remate de una bibliografía que registraba otros treinta opúsculos que refrendaban la voluntad de salvaguardar el patrimonio histórico-artístico y documental, todo ello precedido por “Algunos decretos del gobierno de la República”, decretos al respecto incontestables que ponían las cosas en su sitio, lo cual, como puntualiza Bergamín en uno de sus maravillosos aforismos, no es lo mismo que dejarlas en su lugar, sino al contrario. Repárese en el preámbulo del primero:

⁷ *El Mono Azul*, Madrid, 18, 3 de mayo de 1937.

Habiendo sido ocupados diversos palacios que encierran riquezas históricas y artísticas de extraordinario valor, se deberá sin pérdida de tiempo salvaguardar estas, transportándolas, cuando sea necesario, a los lugares donde puedan ser protegidas de forma adecuada [...].

Tengo que repetirme: así de claro, así de rotundo, así de explícito. Decreto promulgado el 25 de julio de 1936, a una semana contada de la sublevación, la fecha habla de por sí. Antes de repartir armas entre los defensores de la legalidad a riesgo de la vida, la República tomó medidas en defensa del tesoro artístico, reaccionando militarmente tarde y mal, lo que sin duda contribuyó a que la sublevación se extendiera, pasando de un pronunciamiento militar a guerra incivil.

El apéndice incluyó un informe de la Junta Central del Tesoro Artístico de Valencia (“Hallazgos notables”, 1937), la comunicación de la Junta Delegada de Madrid sobre el “nuevo descubrimiento” de siete Grecos (uno en Cuerva, otro en Daimiel y los cinco de Illescas, en principio depositados en una caja de caudales de los sótanos del Banco de España, lo que originó un problema potencialmente muy grave⁸); el informe del viaje de inspección que en el verano de 1937 efectuaron, alertados por “la propaganda fascista” e invitados por el embajador de España en Inglaterra (Pablo de Azcárate) sir Frederic Kenyon, exdirector del Bristish Museum, y James G. Mann, conservador de la Wallace Collection (Londres), “sobre el tesoro artístico de Madrid y Valencia”, informe de extraordinaria repercusión internacional (Valencia, Junta Central del Tesoro Artístico, 1937); un artículo de Vicente Salas Víu (Madrid, 1911-Santiago de Chile, 1967), musicólogo y crítico musical, a tal desazón soldado en las filas del ejército republicano y en cuanto tal autor de un elocuente *Diario de guerra de un soldado* que sería el quinto título de la colección “Textos

⁸ El alcalde de Illescas se quedó con las llaves de esa caja de caudales, solución peligrosísima para los lienzos, herméticamente encerrados. Al cobrar conciencia de lo que esa situación suponía, se le buscó por todos los medios, pero no apareció y de las llaves nunca volvió a saberse, ante lo cual la junta pidió permiso al Gobierno para forzarla, permiso otorgado a finales de marzo de 1937 que llegó a tiempo, resistentes los lienzos a la humedad gracias al “hecho favorable de que la pintura del Greco, su modo de preparar y de empastar, da a sus obras –opuestamente a lo que sucede en Goya– una solidez extraordinaria, a prueba de adversidades ...” (*La historia tiene la palabra*, p. 81).

recuperados” de Hispamerca⁹; y la réplica de la Junta a las acusaciones de Miguel Artigas Ferrando (Blesa, Teruel, 1887-Madrid, 1947), exdirector de la Biblioteca Nacional que en el *Heraldo de Aragón* correspondiente al 5 de junio de 1937 denunciaba la destrucción del “tesoro bibliográfico en la zona leal española” (“Clamor de infortunio”), alegato parcialmente fundamentado (no cabe desconocer ni minimizar esos daños, y menos ahora, con esos *excesos* exhaustivamente probados) que causó conmoción entre los hispanistas y la gente de cultura, ya que su autor gozaba de un bien merecido prestigio, ex director también de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, facultativo del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, miembro de número de la Real Academia Española desde 1935 y de la Hispanic Society de Nueva York y, entre otros méritos, ganador del Premio Nacional de Literatura por una monografía sobre Góngora, carrera, a mi juicio, que él mismo agraviaría al participar en un libro acusador lamentable: *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza* (San Sebastián, Editorial Española, 1940)¹⁰, desleal con su propia trayectoria, becado que fue en sus comienzos en Alemania por la Junta para Ampliación de Estudios y adalid de los métodos de la propia Institución, que aplicó en los Cursos para Extranjeros de Santander, raíz de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Esta fue/es mi edición de *La historia tiene la palabra*, obra pionera en cuanto a restituir la verdad de la epopeya de la salvación del patrimonio histórico, artístico y bibliográfico español durante la guerra por la República, publicada en tiempos azarosos, sacada adelante sin becas ni subvenciones, después ninguneada por los becados y subvencionados del pesebre que se dice progresista, absolutamente silenciada haciendo

⁹ Vicente Salas Víu, *Diario de guerra de un soldado*. Prólogo de Eugenio Javier Alonso. Madrid, Hispamerca, 1977, texto estúpidamente sometido a censura, lo cual, aceptado por los socios capitalistas, empezó a determinar mi apartamiento de sus tareas, que concluyeron poco después.

¹⁰ Abierto por Miguel Artigas, *primus inter pares*, en sus cerca de trescientas páginas se dieron cita Fernando Martín-Sánchez Juliá, Antonio de Gregorio Rocasolano, Miguel Allué Salvador, Miguel Sancho, Benjamín Temprano, Carlos Riba, Domingo Miral, José Talayero, Ángel González Palencia, Luis Bermejo, José Guallart y López de Goicoechea, Romualdo de Toledo, el Marqués de Lozoya, “Uno que estuvo allí” y Hernando de Castilla.

bueno aquella “Biblioteca Silenciada” que por esas fechas alenté desde Ayuso (Madrid), que corrió el mismo destino, porque eso tiene ir por libre en la España de nuestros días.

Y a ese modelo respondió mi edición de *Los intelectuales en el drama de España* de María Zambrano, que aceptó de inmediato mi planteamiento, con el añadido de la recuperación de este y aquel artículo suyo. Así consta en su carta del 30 de mayo:

La Piecer-Proret 30, mayo, 1977

Mi estimado amigo Gonzalo Santonja

Como verá, le envío al fin mi trabajo a “Los intelectuales en el drama de España”. Ha sido necesario copiarlo más de una vez. Y como verá, lleva correcciones mías a mano. Si lo encuentra claro, no para Vd que puesto no tendrá dificultad alguna en leerlo, si no para los impresores? De modo
dígámelo para poner remedio.

En el índice encontrará un ensayo mío, publicado en “*Sur*” que

2/ había yo olvidado. Espero q. no tengan
 dificultad para encontrarlo así como
 al "San Juan de la Cruz". Pero sí
 temo que la tengan para encontrar
 "La reforma del entendimiento" -Atenea.
 Concepción. Chile - y quizás la
 Antología de F.G. Lorca en "Panorama".
 No se preocupe, que yo renuncié a su
 inclusión en este volumen. No
 gasté tiempo en ello.
 Pienso que el título del libro tendrá
 q. referirse también a los ensayos y
 notas. Ya verá.

He recibido al fin el volumen de la
 Teresa León en el q. tanto ruido ha
 puesto. Es un gran acierto, y lo es
 la aparición del Dardo, tan curioso
 de Salas Viz. Me han comunicado
 enormemente ~~me condole~~ saluda
 María Zambrano

Carta de María Zambrano a Gonzalo Santonja. La Pièce-Crozet 30, mayo, 1977.¹¹

¹¹ "Mi estimado amigo Gonzalo Santonja://Como verá le envío al fin mi Prólogo a *Los intelectuales en el drama de España*. Ha sido necesario copiarlo más de una vez. Y como verá lleva correcciones mías a mano. ¿Lo encuentra claro, no para Vd. que pienso no tendrá dificultad alguna en leerlo, sino para los impresores? De no ser así dígamelo para poner remedio// En el índice encontrará un ensayo más, publicado en "Sur", que había yo olvidado. Espero q. no tengan dificultad para encontrarlo así como al "San Juan de la Cruz". Pero sí temo que la tengan para encontrar "La reforma del entendimiento" -Atenea. Concepción. Chile - y quizás la antología de F.G. Lorca en "Panorama". No se preocupe, que yo renuncié a su inclusión en este volumen. No

La búsqueda de esos artículos me llevó su tiempo, porque entonces no era tan sencillo como ahora, cuando muchas se resuelven con un click en el ordenador. Conseguir “La reforma del entendimiento” me causó gran satisfacción, porque se trata de un gran artículo. Y también logré hacerme con los dos números de *Sur* en que aparecieron “Machado y Unamuno, precursores de Heidegger”, apenas de dos hojas, la demostración cabal de aquel dicho de Gracián de “lo bueno, si breve, dos veces bueno”, y “San Juan de la Cruz. (De la “noche obscura a la más clara mística)”, ensayo de penetración y belleza, canto a Segovia y celebración sanjuaniega de la “música callada” y la “soledad sonora”. A María Zambrano le basta con una frase –la primera– para trasladar al lector a otra realidad:

Hay una tierra amarilla abrasada por un fuego que no es el del sol, que parece nacer de ella misma, y sobre ella una ciudad pequeña que también tiembla.

María Zambrano o el redescubrimiento de Segovia. Años después ella misma recibió en su casa de Madrid a un joven que llegó a ella de la mano de Antonio Colinas: Ángel González Pieras, actual director de *El Adelantado de Segovia*, que aún recuerda conmovido sus palabras:

¿Conoce usted Segovia?, me espetó nada más sentarme frente a ella [...]. ¿Se ha fijado que en Segovia todas las calles se encaminan hacia arriba, y que en ese punto en el que parecen unirse el cielo y la ciudad se levanta la catedral? No el Alcázar, sino la catedral. Es ese el lugar donde la luz brilla con más fuerza e ilumina a los humanos. Es la luz de la claridad.

“La luz es un elemento omnipresente en la filosofía de María Zambrano”, sigue González Pieras, zambranista sin estridencias y no de la última hornada. “No puede entenderse su pensamiento sino en la búsqueda constante de la luz entre las sombras más oscuras que acechan al

gasten tiempo en ello. //Pienso que el título del libro tendría que referirse también a los ensayos y notas. Ya se verá.// He recibido al fin el volumen de M^a Teresa León en el q. tantísimo Vd. ha puesto. Es un gran acierto. Y lo es la aparición del Diario, tan conmovedor de Salas Víu. Me han conmovido enormemente. //Mis cordiales saludos// María Zambrano”.

alma”.¹² Y luz entre sombras, completan la segunda parte de mi edición los ensayos de *Hora de España*, incluida la reseña poéticamente certera que dedicó a las Ediciones del Ejército del Este, con particular atención a “esa voz lejana y como escondida” del *Cancionero menor para los combatientes* de su muy querido Emilio Prados, como señalé más arriba otro de los libros recuperados en facsímil por Hispamerca,¹³ publicada en el número final de la revista, el XXIII, fechado Barcelona y noviembre de 1938, una parte de la tirada incautada en la imprenta al caer la ciudad condal y otra destruida en el tren que la llevaba a Valencia, alcanzado de lleno por la aviación franquista, desastre al que sobrevivieron algunos ejemplares, poquísimos, entre otros el que reprodujo facsimilarmente Detlev Auvermann KG, prologado además por María Zambrano, que encontró cobijo en la biblioteca de Camilo José Cela.¹⁴

Solo se me resistió el prólogo a la antología de Federico García Lorca de Panorama. Solo ese texto. Pero la edición de Hispamerca, la segunda en la historia del libro y la primera española, en la que asimismo por primera vez se rescataban sus ensayos y notas de la época oscura de la guerra, logro y aldabonazo del que jamás de los jamases se acuerdan los ya aludidos especialistas de última hora, memoria la suya perdida en el abismo de las conveniencias.

¹² Ángel González Pieras, “María Zambrano y Segovia”, *El Adelantado de Segovia*, 12 de abril 2020, que cuando escribo estas líneas acaba de dedicar a la autora un suplemento en el mismo periódico: “María Zambrano. Al otro lado de la muralla” al cumplirse el XXX aniversario de su fallecimiento, en el que escriben, a su lado, Agustín García Matilla, José Luis Mora y Marifé Santiago.

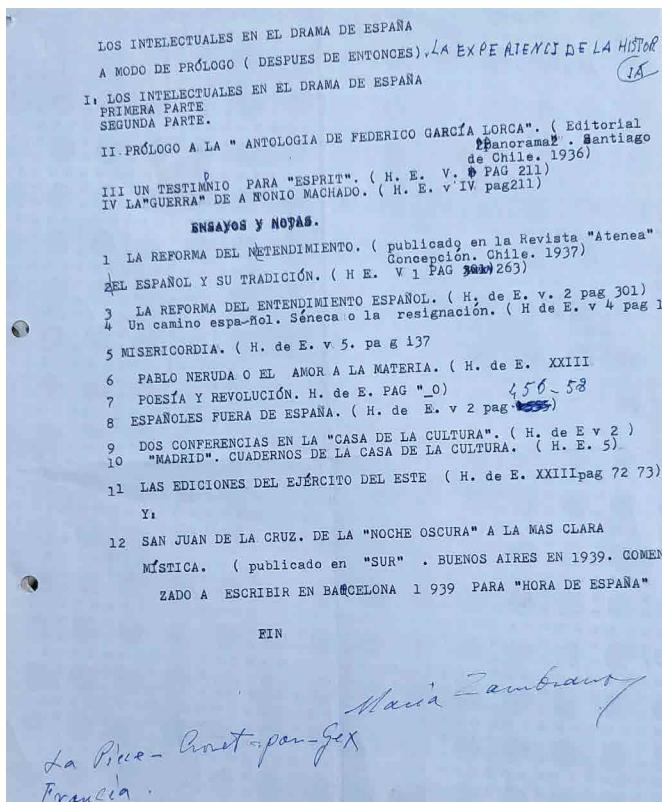
¹³ Emilio Prados, *Cancionero menor para los combatientes (1936-1938)*. Madrid, Hispamerca, 1977 (Cuatro Vientos, II), edición de 1100 ejemplares numerados, facsímil de la original de Manuel Altolaguirre, impresa “en campaña con papel fabricado ex profeso por soldados de la República para las Ediciones Literarias del Comisariado del Ejército del Este (Guerra de la Independencia, 1938)”, de quinientos ejemplares numerados. Altolaguirre imprimió del mismo modo *España en el corazón* de Pablo Neruda y *España, aparta de mi* éste cáliz de César Vallejo, poemarios imperecederos y ediciones admirables, versos de luz humana en el desierto de la derrota.

¹⁴ *Hora de España* XXIII, prólogo de Mariá (sic, p. XXV) Zambrano, epílogo de Francisco Caudet, “Notas para la biografía de *Hora de España*”. Verlag Detlev Auvermann KG, Nendeln-Liechtenstein, 1974 (“Biblioteca del 36”, VI). “Esta editorial agradece a don Camilo José Cela la amabilidad de gran bibliófilo y hombre de letras que ha tenido al ceder para esta reedición el ejemplar de su biblioteca [...]” (portada, dorso).

La idea de juntar en el mismo volumen cuajó en la comida que cité antes. Y enseguida se lo propuse a la autora, que en principio no lo veía, objetando que algunas de las revistas en que aparecieron estaban siendo reeditadas, y a la que convencí, la verdad sea dicha, sin esforzarme demasiado. La carta con mi planteamiento es del 23 de marzo de 1977; y su respuesta del 5 de abril. O sea, que fue uno y lo mismo recibir mi carta y mandarme un beneplácito sin condiciones:

Estimado amigo:

Gracias por su amable carta del 23 pasado. Sí, estoy enteramente de acuerdo con su proposición de publicar en el mismo volumen artículos y notas –ensayos y notas– de aquella época, que yo entiendo sea la de los años de la Guerra de España [...]



María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, índice de la autora para la edición de Hispamerca (1977).

“Enteramente de acuerdo”, qué maravilla. Y a renglón seguido, María Zambrano me facilitó detalles sobre el proceso de escritura de algunos de aquellos artículos:

Haré una breve nota explicando el motivo de incluir el ensayo sobre San Juan de la Cruz. Debo de tener unas hojas de papel timbrado de *Hora de España*, donde comencé a escribirlo en Barcelona. Y aparece en *Sur* –no tengo ejemplar– con doble fecha: 18 de enero Barcelona-16 de julio Morelia. México. Así que debió de aparecer después de octubre de ese año. En México publiqué también enseguida *Pensamiento y Poesía*¹⁵ en *Taller*.¹⁶ Pero es el primer capítulo de *Filosofía y Poesía*, publicado en Morelia¹⁷ y después incluido en *Obras reunidas* –primera entrega– de Aguilar. Madrid. Vds. dirán [añadido a mano].

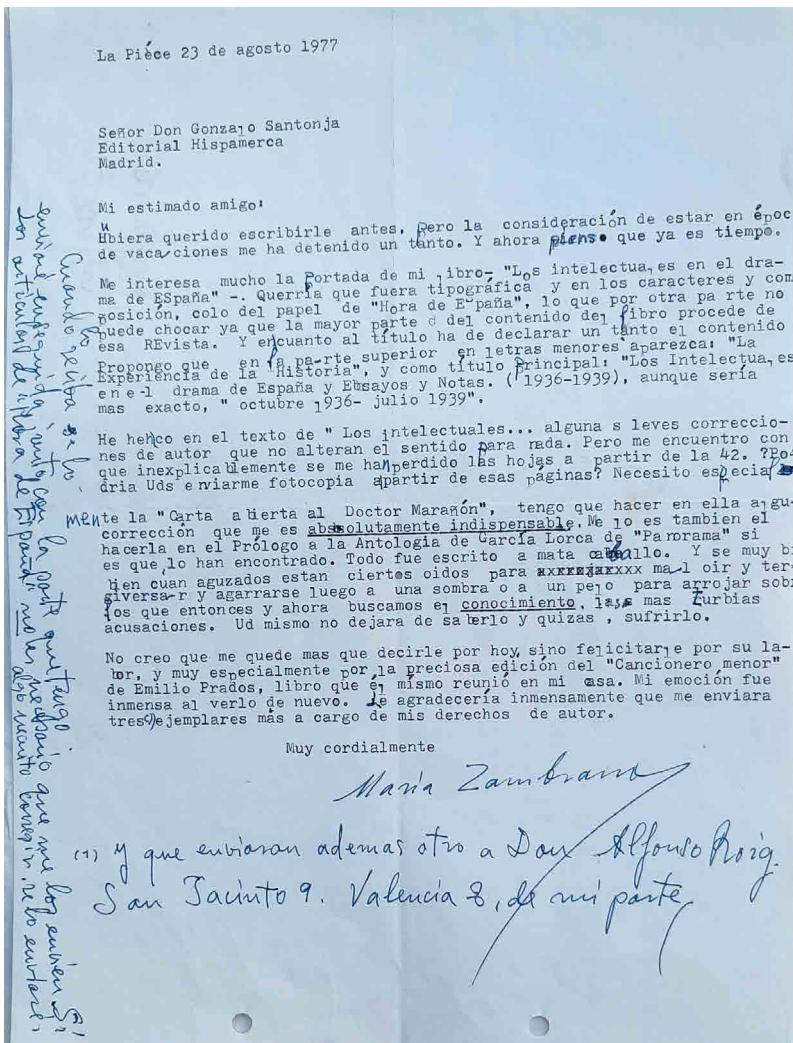
Mientras tanto, y aunque me lo hubiese enviado la semana anterior, el prólogo seguía creciendo: “Debo de añadir algo todavía. Tiene ya unas catorce hojas a máquina. Cuento con cuatro o cinco más”, cuatro o cinco que continuaron ampliándose y proceso además sometido a los sobresaltos de la política, con las elecciones de 1977 en el horizonte inmediato, elecciones que serían las primeras libres celebradas en Espa-

¹⁵ *Pensamiento y Poesía en la vida española*. México, La Casa de España en México, 1939. Como la autora explica en la nota preliminar, “las siguientes conferencias pronunciadas en México, bajo los generosos auspicios de *La Casa de España*, que de tantas maneras llenas de inteligencia y eficacia, hace posible la continuación de nuestra vida intelectual lejos de España, no son sino breves trozos de algo pensado, y más que pensado, intuido, con mucha mayor amplitud. He de confesar que, hasta julio de mil novecientos treinta y seis, en que España se lanza a la hoguera en que todavía arde con fuego recóndito, no me había hecho cuestión de la trayectoria del pensamiento en España”, absorbida por cuestiones universales y arrancada de tal ensimismamiento por la conmoción de la guerra.

¹⁶ *Taller*, México, diciembre de 1938-febrero de 1941, 12 núms., fundada por cuatro poetas mexicanos: Octavio Paz, que asumió la dirección en el núm. 5 (al tiempo que Juan Gil-Albert se hacía cargo de la secretaría), Efraín Huerta, Rafael Solana y Alberto Quintero Álvarez. Revista pluridisciplinar (música, pintura o cine, pero con una dedicación mayoritaria a la literatura), siempre se mostró interesada por España y estuvo abierta a los exiliados republicanos. En la literatura mexicana constituye un hito de modernidad e incluso se admite la existencia de una *Generación de Taller*. Reed. facsímil, con “Presentación” de Octavio Paz: México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 2 vols. (“Revistas Literarias Mexicanas Modernas”, colección creada por José Luis Martínez, director del Fondo de Cultura Económica de 1977 a 1982).

¹⁷ México, 1939. 4^a ed.: México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (cuarta reimpreación, 2006), “libro nacido en el exilio y del exilio [...] en un otoño de indecible belleza”.

ña desde febrero de 1936, convocadas por Adolfo Suárez el 15 de abril (Real Decreto 679/1977) y de las que saldrían las Cortes que aprobaron la Constitución que cuarenta y dos años después sigue vigente, período de normalidad democrática inaudito en la historia de España: una historia, como señaló Ortega y Gasset, en la que “en nuestro pasado la anormalidad ha sido lo normal” (*España invertebrada*). No se olvide.



María Zambrano, carta a Gonzalo Santonja, La Pièce, 23 de agosto 1977.

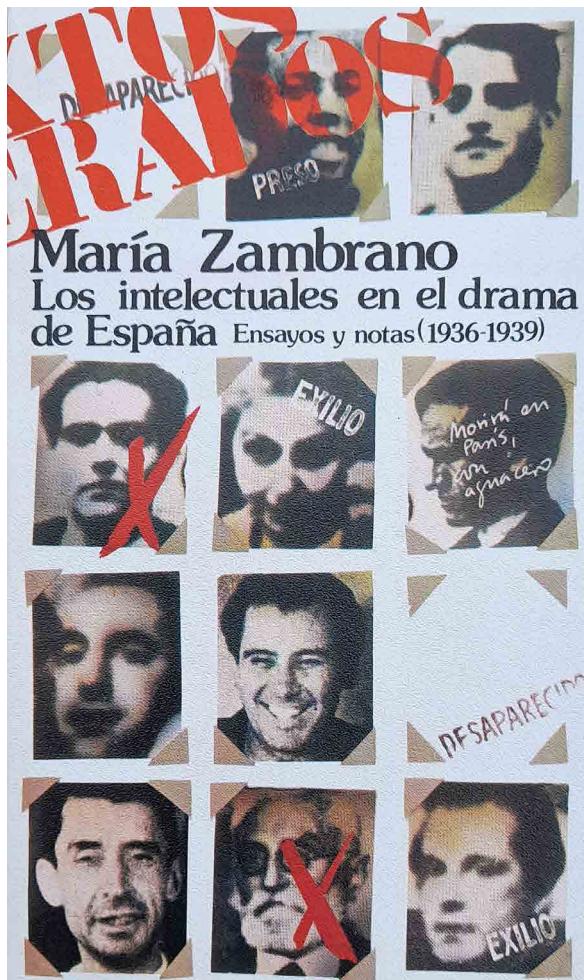
Volviendo al libro, todo discurría a pedir de boca. Sin embargo, esas perspectivas comenzaron a torcerse en verano, aflorando en la carta que fechó en La Pièce a 23 de agosto: “Mi estimado amigo”, comenzaba, y a continuación, tras unas consideraciones menores a propósito de la portada, la tipografía y el papel, entraba en el meollo de la cuestión, todavía sin gravedad, pero las alarmas se me encendieron. Cuarenta años después, la autora pretendía corregir la “Carta abierta al doctor Marañón”, final en puntas de la obra: “tengo que hacer en ella alguna corrección que me es absolutamente indispensable” [el subrayado, lógicamente, es suyo], también en el prólogo a la antología de Federico García Lorca (Panorama), aunque eso no me preocupó por la sencilla razón de que no la habíamos conseguido, como ella misma temía (“si es que la han conseguido”). Quien o quienes podían hacerlo, sin duda presionaron a María Zambrano, que se manifestaba muy preocupada:

Todo fue escrito a matacaballo. Y sé muy bien cuán aguzados están ciertos oídos para mal oír y tergiversar y agarrarse luego a una sombra o a un pelo para arrojar sobre los que entonces y ahora buscamos el conocimiento, las más turbias acusaciones. Ud. mismo no dejará de saberlo y quizás, sufrirlo.

Sí, lo sabía. Cosa distinta era que me gustase la corrección de un texto a mi juicio no escrito a matacaballo, sino desde la indignación y la ética, ya que ella y su marido tomaron la decisión de volverse a España en tanto algunos maestros se apresuraban a buscar acomodo más allá de los Pirineos. Volvamos al libro: “Dos direcciones opuestas separan a los intelectuales españoles. Y cuando alguien de quien esperamos otra cosa, toma la que no es ni puede ser nunca la nuestra, venza quien venza, querriámos en ese instante inmediato anterior a la marcha aún unas palabras”, sobre la crisis de la conciencia humana en España, reconociendo que, “a pesar de la lucha sangrienta, hoy ya se puede hablar mucho más de lo que se podía hace un año, hace dos ...”. Doctor Marañón, le apelaba: por qué abdica de sus responsabilidades. No le parece que la situación inevitablemente tenía “por fin [que desembocar] en cuanto está sucediendo”.¹⁸

¹⁸ M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*. Madrid, Hispamerca, 1977, pp. 58-9.

En la España de la Transición era incómoda, y podía tener consecuencias, una crítica tan radical como la suya al doctor Marañón, con familiares y gente de su círculo algo mejor que muy bien situados e influyentes en los núcleos progresistas de poder; ahora bien, o si se prefiere, ahora mal: “verbo volant, scripta manent”, como explicó Cayo Tito al senado romano. Y yo no estaba dispuesto a borrar aquellas palabras.



María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*. Madrid, Hispamerica, 1977, col. Textos Recuperados, 4. Cubierta de César Bobis.

Contraargumenté, claro está, y me apresuré a hacerlo, pero esa carta mía se cruzó con otra suya, del 6 de septiembre, donde aún se mostraba más expeditiva. Esta empezaba afectuosamente (“Mi estimado y buen amigo”), comienzo que se torcía al final del párrafo inicial, donde me comunicaba que “tras de maduras reflexiones he tomado la resolución que sigue”. “Mal vamos”, pensé para mí, presagio de inmediato corroborado:

Y es que no me parece necesaria ni oportuna la publicación de la Segunda parte de ese librito mío. Pues que el tono desdice de la Primera y aun lo que se dice, noticias llegadas de lejos y recogidas apresuradamente y algunas de ellas rectificables. “Después de entonces”, como se subtitula mi Prólogo, no es “entonces”. La experiencia se forma así, conservando y aun enalteciendo lo esencial y sustantivo y dejando lo meramente circunstancial y sujeto a examen.

Que “después de entonces” nunca es “entonces”, aquella obviedad sonrojante me dejó perplejo. Por supuesto, quién lo dudaba: “Después de entonces” nunca es “entonces”, de ahí que fuera necesaria una explicación, no ocultar lo que se había escrito. En cuanto al enaltecimiento de lo esencial y el olvido de lo circunstancial, yo entendía que había mucho que discutir, sobre todo considerando que la obra respondía a un momento en el que las circunstancias mandaban, pero también tenía muy claro que, allí y *entonces*, lo sustantivo necesariamente se incorporaba o se diluía en las urgencias del momento. Y ese, precisamente, se me representaba el reto superado por los intelectuales leales, que perdien-
do la guerra ganaron la batalla del futuro al saber estar por encima de las circunstancias, pero sin negarlas ni colocarse al margen, propiedades que a mi entender resplandecían en las páginas de *Los intelectuales en el drama de España*, tanto en la primera parte (“La inteligencia en la revolución”) como en la segunda (“El intelectual en la guerra de España”), quizás con fallos de información y noticias incompletas, pero escritas “desde las entrañas de la historia” con pasión bergamesca (“pasión no quita conocimiento; al contrario, lo da”) entre resplandores de angustia. La perspectiva de *tocar* aquel texto ni se me planteaba.

Pero María Zambrano se mostraba expeditiva: “Y le insisto en que esta decisión mía es formal, *definitiva*”, en razón de lo cual me adjuntaba

una “Nota al prólogo a *Los intelectuales en el drama de España*”, escrita a máquina con correcciones a mano en la que, negro sobre blanco, recalca que “encuentro innecesaria la reimpresión ahora de la titulada “Segunda parte” de este librito”.

En fin, sobre tanta firmeza yo me reafirmé en eso de que lo único que no se consigue es lo que no se intenta. Contraargumenté y no dejé de insistir aunque en algún momento casi perdiera las esperanzas. Finalmente, la luz se hizo cuando ya empezaba a dar la discusión por perdida. Habiendo releído esa segunda parte, páginas “extraviadas” que yo le mandé de nuevo, María Zambrano advirtió la esencialidad de lo circunstancial, así que aprobaba la integridad de la reedición.

En definitiva, y ahora sí, en definitiva de verdad: “Tiene Ud. pues el permiso para publicar íntegramente el librito ya mencionado”, con el añadido a mano, por si quedaba alguna duda, del título: *Los intelectuales en el drama de España*, permiso que me reiteró al día siguiente. Se trata de dos cartas con revelaciones emocionantes:

[...] nadie puede representarse cómo vivíamos. Ya es prodigiosa la memoria que nos ha quedado. ¿Es concebible hoy acaso que saliera yo de España sin ese libro [*Cancionero menor para los combatientes* de Emilio Prados], sin *España, aparta de mi este cáliz*, sin ... nada más que lo puesto y tres libros de lectura mía casi diaria y las pruebas del Mairena póstumo de *Hora de España* XXIII. (Ah y sin mis apuntes y papeles de Filosofía [...]).

Prados, Vallejo, Machado y sus apuntes de Filosofía. Atravesar los Pirineos con las manos vacías, “sin ... nada más que lo puesto” pero con tres libros de lectura diaria.

Y hasta aquí llega la historia de María Zambrano en Hispamerca, editorial que nació en la Transición y, como diría Bergamín, que murió de ella cuando los *socios capitalistas*, superados por las circunstancias y muy presionados, se retiraron. No se olvide: Loygorri se desenvolvía en *Pueblo*, periódico regido por Emilio Romero, baluarte del buen periodismo y bastión a la vez de la *cáscara amarga*, mientras el empresario de El Molino Rojo, puerto nocturno del Madrid golfo, necesitaba que la

facción nocturna de *la secreta*, franquistas trasnochados y trasnochadores, valentes y alcoholizados, hiciera la vista gorda.

La confusión reinante de Bergamín significó el acabose. “Hasta aquí hemos llegado, querido amigo”, me dijeron un mal día. Entendiéndolos, tomé la puerta, salí a la calle y, un poco a la manera Pedro y Alfredo, personajes inolvidables de Delibes, “atravesamos el río por el Puente Viejo y salimos a campo abierto” (*La sombra del ciprés es alargada*), esto es, salí de Madrid por la carretera de La Coruña y, atravesando la Sierra del Guadarrama, me instalé en el pueblo segoviano de La Losa, a los pies de la Mujer Muerta, donde mis días siguen, repartidos con mi Béjar natal, y no digo más de lo que no digo, porque al buen callar llaman Sancho.

